

Devocional, domingo 10 de junio del 2018

“En lugares de delicados pastos me hará descansar; Junto a aguas de reposo me pastoreará”. (Salmos 23. 2)

Uno de los rasgos característicos de nuestra sociedad es su marcado acento hacia el trabajo. Se ha ido constituyendo lentamente en un serio competidor del tiempo y la atención que se debiera disponer a la familia. Cada vez es más común reconocer al trabajólico, o a la trabajólica, que se “esconden” en extensas horas de trabajo creyendo ser muy “productivos” y “eficientes”.

Jonathan Crary, escribió en su libro **“24/7, El Capitalismo al Asalto del Sueño”**, ***“La temporalidad 24/7 es un tiempo de indiferencia, en el cual la fragilidad de la vida humana es cada vez más inadecuada y el sueño no es necesario ni inevitable. En relación con el trabajo, propone como posible e, incluso, normal, la idea de trabajar sin pausa, sin límites. Está en línea con lo que es inanimado, inerte o lo que no envejece. Como una exhortación publicitaria, decreta la absoluta disponibilidad y, por tanto, el carácter ininterrumpido de las necesidades y de su incitación, como también su insatisfacción perpetua”***, y esto ha provocado en los seres humanos un desgaste y un cansancio extenuantes, con las conocidas consecuencias de stress, depresión, insatisfacción, agotamiento, etc., amén de los graves problemas familiares.

La sabiduría de la Palabra de Dios nos orienta también en éstas prácticas que hoy dominan nuestra cultura, y que parecieran tan legítimas pero que son tan nocivas. Y lo hace desde la perspectiva del descanso, del reposo, entendiendo que la confianza y dependencia en Dios es más que suficiente para ***“descansar”***. El salmista lo entendió así y lo escribió: ***“En vano madrugan ustedes, y se acuestan muy tarde, para comer un pan de fatigas, porque Dios concede el sueño a sus amados”*** (Salmos 127: 2).

Pero la fatiga y el cansancio también alcanzan nuestra vida en lo emocional y espiritual, trayendo a nuestra alma un agotamiento intenso que nos quita la alegría, la paz y la esperanza. Y en ésta dimensión también encontramos la ayuda de Dios.

Nuestro propio Señor Jesucristo se refirió a ésta realidad humana y ofreció su ayuda cuando enseñó ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”*** (Mateo 11. 28).

Llamado que ya entendía el rey David cuando escribió, ***“En lugares de delicados pastos me hará descansar; Junto a aguas de reposo me pastoreará”***, apropiándose de la figura de un pastor que lleva a su rebaño a lugares donde hay pastos delicados, verdes, pasto tierno, pero también aguas de reposo, y es en este lugar donde sus ovejas descansan y él las pastorea.

Hoy no es distinto, y su anhelo de ayudar al hombre y la mujer en sus luchas diarias sigue plenamente vigente, pero es imprescindible la fe en Él, de tal manera que realmente podamos descansar en su provisión, tanto física, material, como también espiritual y emocional. ¡Gracias Señor!